

Madurar en Jesús frente al sentimentalismo

Jeremías 15:15-20

David C. Dixon

Introducción: Mark Noll es un conocido historiador evangélico que en 1995 escribió un libro titulado *El escándalo de la mente evangélica*, en el cual afirma que el *escándalo* consiste en que el pensamiento evangélico es muy escaso. Así es cómo arranca su laureada obra y crítica de la historia del movimiento evangélico. El problema clave para él es por qué el grupo religioso americano más numeroso –que goza de creciente opulencia, estatus social e influencia política– apenas ha aportado nada a una rigurosa erudición intelectual en América del Norte. Si de veras implantamos las auténticas verdades del evangelio, ¿cómo es que los evangélicos no demuestran ninguna vida intelectual apreciable? ¿Será que no es compatible una cosa con la otra? ¿Por qué no promovemos un fuerte testimonio evangélico en los ámbitos de la alta cultura? Su respuesta tiene que ver con cierta característica evangélica que tiende a nublar el horizonte intelectual: el fuerte enfoque en las emociones y el sentimentalismo, que Noll considera una tendencia heredada del pietismo.

1) En otro libro que ha escrito Noll, titulado *El auge del evangelismo*, explora nuestras raíces comunes más a fondo, remontándolas hasta la reforma protestante. No se refiere tanto a la reforma magistral, sino al ala más radical: los anabaptistas, cuyos precedentes se encuentran en los moravios y los pietistas. No era solo una cuestión de fe, sino también de práctica y de actitud. El revivalismo tuvo un impacto muy profundo en la corriente del evangelicalismo. ¿Cuántos hemos asistido alguna vez a un culto de avivamiento? Los revivalistas evangélicos veían avanzar la religión mayormente por medio de las obras extraordinarias de Dios, frente a las ordinarias. Jonathan Edwards denominó dichas obras «derramamientos extraordinarios de Dios» (y se convirtieron en «estandarte» de los evangélicos). Dicho de otra forma, el ministerio ordinario de la iglesia, con sus medios ordinarios para estimular el crecimiento de la gracia, era inadecuada para mantener la vitalidad de la Iglesia o lograr la salvación de grandes cantidades de pecadores. En ambos bandos del debate calvinista-arminiano, existía la convicción de que eran *necesarias* las obras extraordinarias del Espíritu para restaurar la vida espiritual en los individuos y en la iglesia. Siguiendo esta línea, Noll señala los avivamientos de Gran Bretaña y de América del Norte a mediados del siglo XVIII, que fueron fundamentales para el desarrollo del movimiento, su carácter, sus creencias y su dirección subsiguiente. Fue en el entorno de estos avivamientos (llamados «grandes despertares») que se definieron los compromisos primordiales que continúan caracterizando a los evangélicos actuales. Noll lo resume así:

A) La soberanía de Cristo Jesús: es la convicción de que su muerte y resurrección representan los elementos centrales del mensaje cristiano. **B)** La creencia en la necesidad de la conversión personal en Jesús: es la convicción de la necesidad de una vida cambiada. **C)** Nuestra dependencia de las

Escrituras como testigo *fiable* y autoridad en cuanto a lo que Dios ha hecho por nosotros y su voluntad para nuestra vida: es la convicción de que toda verdad espiritual se encuentra en las Escrituras.

Pero no era solo el “revivalismo”, sino un aspecto específico de la práctica y la actitud: **«los evangélicos eran experienciales»** = su tendencia a referir una «experiencia» de conversión como indicador de la veracidad de su profesión de fe. Tales experiencias se producían a menudo después de un período de lucha intensa y prolongada que describían de diferentes maneras (expresadas mediante un lenguaje altamente emotivo y vivencial). Dichas experiencias apuntaban a algo parecido a un *sentimiento consciente* de regeneración, y por consiguiente un excesivo hincapié en los sentimientos. ¿En qué medida dependemos de los sentimientos en nuestra vida como cristianos? Los emoticones ciertamente han contribuido al reconocimiento de nuestros sentimientos, ya que nos obligan a etiquetarlos según la ocasión. Decididamente es útil que los niños (y también los adultos) aprendamos a identificar nuestros sentimientos. Espero que nadie malinterprete lo que intento decir. ¿Has *sentido* ganas de venir a la iglesia esta mañana? ¿Tus sentimientos determinan la voluntad de Dios? ¿Te ayudan a decidir si practicarás la disciplina cristiana o si compartirás tu fe con otros? ¿Qué papel tienen nuestros sentimientos en estas decisiones cruciales? Es importante darnos cuenta de que en nuestro ADN histórico como cristianos evangélicos tenemos cierta predisposición a depender de los sentimientos. No quiero decir que el resto de nuestra cultura no haga lo mismo, pero nosotros poseemos una dosis mayor. Precisamente es una notable debilidad inherente en la humanidad: nos dejamos dominar, controlar y llevar por los sentimientos. Por eso los sentimientos pueden confundirse con la espiritualidad. Solo porque me siento espiritual, ¿significa que lo soy? Dice Jesús: **“El que me ama obedecerá mi palabra”** (Juan 14:23). Entonces, ¿qué significa si no guardo sus mandamientos? La espiritualidad sincera obra de forma responsable independientemente de los sentimientos. ¿Has oído alguna vez la frase “Si te hace sentir bien, hazlo”? Fue inventada por mi generación (era el mantra de las décadas de los 60 y los 70). Cuando Mark Noll nos advierte de los elementos de nuestra historia que nos hacen más “susceptibles” a dar excesiva importancia a las experiencias personales y los sentimientos, intenta prevenimos de una forma de «espiritualidad sentimental» que carece de profundidad. Las emociones no son malas. Son las formas que nos ha dado Dios para responder a todo el espectro de estímulos. Pero el sentimentalismo presente en mucha teología y práctica evangélica pueden inhibir que profundicemos en nuestra fe porque el sentimentalismo busca el bienestar por encima de la corrección, y por ello tiende a producir una espiritualidad superficial en lugar de un discipulado auténtico. Examinemos con atención lo que nos dice la Biblia.

2) Jeremías es conocido como el profeta de las lamentaciones, y tenía motivos. Lo que se le reveló sobre el futuro de Jerusalén era devastador, y le partió el corazón. Iba a presenciar el derrumbe total de su querida patria, incluyendo la destrucción de la ciudad santa. Por eso se hallaba continuamente en un estado de conmoción, agravado por la persecución y el rechazo que experimentaba a manos de sus propios compatriotas. En el texto que estamos estudiando hoy, Dios acaba de informarle de que no se apiadará de Jerusalén. Había llegado su día del juicio: **“Los destinados a la muerte, a la muerte; los destinados a la espada, a la espada; los destinados al hambre, al hambre; los destinados al cautiverio, al cautiverio”** (v. 2). Jeremías estaba abrumado por el mensaje espantoso que recibió del Señor y que debía comunicar al pueblo. Finalmente se derrumbó y exclamó: **“¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste hombre de contienda y hombre de discordia para toda la tierra! Nunca he dado ni tomado en préstamo, y todos me maldicen”** (v. 10). Al igual que Job, que también lamentaba el día que nació, Jeremías se sentía completamente inútil y solo. Entonces, Dios empezó a responderle, prometiendo un final feliz pero después de mucha aflicción. (¿Hasta qué punto consuela esto?) Entonces, Jeremías se vuelca dolorido en oración, lleno de emoción y de descarnada sinceridad: **“Tú lo sabes, oh Jehová; acuérdate de mí, y visítame, y véngame de mis enemigos. No me reproches en la prolongación de tu enojo; sabes que por amor de tí sufro afrenta”** (v. 15). ¿Detectas los gemidos? Es una oración desesperada compuesta de jadeos entrecortados y ruegos recordatorios a Dios. Jeremías sufre

porque está entregado enteramente a Dios. **“Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos”** (v. 16). Jeremías empezó a profetizar en el 13º año de reinado del Rey Josías, y en el 18º año fueron descubiertos los pergaminos de la Ley en el templo (2 Reyes 22). Esto inició el reavivamiento bajo Josías, y este «redescubrimiento» puede ser el hecho exacto a que se refiere Jeremías. En respuesta a las palabras redescubiertas dice que “se las comió” – pues eran alimento para su alma, la nutrición que anhelaba, eran alegría y delicia para él. ¡No podía ser de otra forma, pues Jeremías portaba el mismo nombre de Dios! (En hebreo, *Yirmeyahu* = Yahvé exalta).

Continúa orando: **“No he formado parte de grupos libertinos, ni me he divertido con ellos; he vivido solo, porque tú estás conmigo y me has llenado de indignación. ¿Por qué no cesa mi dolor? ¿Por qué es incurable mi herida? ¿Por qué se resiste a sanar?”** Le recuerda a Dios su integridad, siempre comunicando la perspectiva de Dios al pueblo, siempre identificado con la verdad de Dios; sin embargo, su profunda pasión por Dios, su convencimiento de la autenticidad del mensaje de condena, no podía cambiar a ese pueblo –solo servía para suscitar sus burlas. Por eso le pregunta a Dios: **“¿Serás para mí un torrente engañoso de aguas no confiables?”** Está muy cansado y frustrado de no ver nunca ningún resultado. Es muy doloroso, casi como una herida incurable. Se encuentra en una crisis profunda, temiendo lo peor: puede que Dios lo abandone en un final terrible. (¿Alguna vez has dudado de Dios?) ¿No parece un poco bipolar Jeremías? Da bandazos entre la desesperación y la euforia, y de vuelta a la depresión. En realidad, está siendo transparente y sincero con Dios sobre sus temores en esta prueba drástica, y es precisamente una forma muy saludable de orar.

3) Entonces, Dios contesta y le dice que la respuesta a sus temores tiene que ver con la conversión: **“Por eso, así dice el SEÑOR: Si te arrepientes, yo te restauraré y podrás servirme. Si evitas hablar en vano, y hablas lo que en verdad vale, tú serás mi portavoz. Que ellos se vuelvan hacia ti, pero tú no te vuelvas hacia ellos.”** (v. 19) La palabra en hebreo es *shuv* (que se traduce como girar, volver, regresar, arrepentir, convertir). Dios estaba diciéndole a Jeremías que había predicado el arrepentimiento a la gente de Jerusalén, pero que él también necesitaba arrepentirse.

El movimiento evangélico moderno está muy a favor de la «conversión», pero a menudo tenemos una visión tan limitada de lo que realmente significa que se nos escapa su aplicación multidimensional. La conversión **no consiste solo en nacer de nuevo, sino también en una vida nueva** que es producto de un giro genuino de uno mismo al Salvador, un cambio radical de gobierno sobre tu vida, un cambio *completo* de lealtad. No existe ninguna verdadera conversión que no conduzca a la regeneración y la transformación. Siempre conlleva un proceso –posiblemente tengas que volver a reiniciar el cambio varias veces antes de entender por fin lo que significa (en mi caso, desde luego, fue así). En una cultura dominada por el sentimentalismo y la relatividad, ¿los evangélicos realmente sabemos a qué instamos a la gente a que se convierta? ¿A qué se supone que nos hemos convertido nosotros? Espero que entendamos que se trata de convertirnos del egocentrismo al Cristocentrismo. Pero no es algo que yo pueda lograr –es obra del Espíritu Santo. Nuestro desafío es no «convertirnos» a este mundo, no ser conformados a esta sociedad y sus valores, sino mantenernos firmes e inmovibles en nuestras convicciones. Las últimas palabras de Dios son reconfortantes: **“Haré que seas para este pueblo como invencible muro de bronce; pelearán contra ti, pero no te podrán vencer, porque yo estoy contigo para salvarte y librarte —afirma el SEÑOR.”** (v. 20).

El ejemplo de cómo Jeremías gestiona sus intensas emociones puede parecernos contradictoria, pero representa su proceso de conversión y regeneración. Refleja el tipo de transparencia que nos convendría practicar para profundizar y madurar en nuestras emociones, así como en nuestro discipulado. Dios puede gestionar tus emociones desbordantes, y lo mejor que puedes hacer con ellas es mostrárselas con sinceridad. Él es quien nos da una mejor perspectiva de nuestras situaciones, nuestros problemas, nosotros mismos y los demás. Solamente sometiéndonos a la

claridad de las Escrituras podemos llegar a priorizar el rescate que Dios opera en nosotros a través de Cristo. Esto es lo que nos impulsa a profundizar en el carácter de Jesús y en el fruto de su Espíritu (y así convertirnos en verdaderos «pensadores espirituales»), con emociones e imaginaciones redimidas. Recordemos la perspectiva de Pablo de nuestro desafío: estamos inmersos en una batalla espiritual, y disponemos de armas espirituales: *“... pues, aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas. Destruimos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo”* (2 Corintios 10:3-5). Debemos renovar nuestro compromiso de llevar cautivo todo pensamiento y someterlo a Cristo.

Conclusión: Tenía razón C.S. Lewis al afirmar que cuando más demostramos la veracidad y la relevancia de nuestra fe es cuando es puesta a prueba. Una respuesta sentimental no es suficiente para superar la prueba. Necesitamos el ejemplo de Jesús en la cruz –es la prueba suprema de su fe y su soberanía, y triunfó porque nunca dejó de perdonarnos y nunca se doblegó ante el adversario. Y a continuación derrotó la muerte al resucitar, para poder ofrecernos su victoria... simplemente rindiéndonos a Él como Señor y Salvador.